

La Educación Superior en los Países Desarrollados

Un amplio análisis sobre la educación superior en los países desarrollados, particularmente los Estados Unidos de América y países europeos, pone de relieve una situación crítica frente a la cual apenas se vislumbran soluciones. Este análisis se publicó en “Le monde de l’éducation” en un artículo de Guy Herzlich bajo el título “Le temps du désenchantement” (“El tiempo del desencanto”). A continuación incluimos las ideas principales del citado artículo.

En el año de 1971 comenzó a hablarse en Estados Unidos de una “nueva depresión”, en relación con las universidades. Las instituciones privadas que se encontraban al borde de la bancarrota utilizaron sus fondos de reserva o vendieron parte de sus bienes raíces. Las universidades públicas se vieron obligadas a renunciar a todos sus proyectos de desarrollo, aún los más importantes, como la Universidad de California. Otra universidad importante, la tercera de Estados Unidos por su población estudiantil, la de Nueva York -City University- se vio ante la posibilidad de cerrar temporalmente veinte de sus centros debido a que el gobierno redujo en 10 % el subsidio. Por otra parte, la Universidad de Wisconsin sufrió también una reducción en el subsidio en un 2 %, y la de Florida en un 2.6 % durante 1975-1976.

Esta situación en los Estados Unidos tiene una similitud con los países europeos. Por ejemplo en Bélgica el monto de los créditos destinados a la enseñanza superior será igual al de 1974. En Francia las autoridades de las universidades han señalado una situación dramática, ya que informan de un déficit de 800 mil francos en la Universidad de Niza y de 2 millones en la de Besanzón. En Gran Bretaña la crisis es notable; en diciembre de 1973 el gobierno decidió cancelar el aumento previsto para el siguiente año, a pesar de la inflación que sobrepasaba el 10 %, y reducir en un 40 % los créditos para el equipo. La Universidad de Bristol necesitó de 400 mil libras y la de Lancaster de 200 mil para equilibrar el presupuesto del año 1975. Para el presente año, el gobierno británico decidió restringir la inscripción en un 10 %.

Frente a la situación crítica evidente en los datos anteriormente citados, surge la siguiente cuestión: ¿es ésta sólo una crisis pasajera para la educación superior como consecuencia de una serie de problemas financieros en todo el mundo, o es un cambio “definitivo”? Las restricciones en los subsidios gubernamentales a las universidades se da justamente en un período de notable expansión de la enseñanza superior. En la década que va de 1960 a 1970 el número de estudiantes se duplicó en los países de Europa occidental y en Estados Unidos; mientras que en Francia y en Suecia se ha triplicado. Según los cálculos de los expertos de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), el aumento de la población estudiantil se debe en menos de un 50 % a la explosión demográfica. Este crecimiento es la respuesta a una necesidad social espontánea -la repercusión de los progresos de la escolarización- más que a una política deliberada. Por otro lado, en casi todos los países el porcentaje del Producto Nacional Bruto destinado a la educación se ha duplicado, triplicado en Francia y en Suecia, cuadruplicado en los Países Bajos y quintuplicado en Bélgica y en Canadá.

La problemática que enfrentan las universidades de esos países ha llevado a organizar comisiones oficiales para estudiar las soluciones adecuadas y cada vez más urgentes. A este respecto cabe citar el informe Robbins que en 1962 señalaba que “La educación superior en Inglaterra debe ser accesible a todos los que deseen seguirla y sean aptos para hacerlo”. Por estos años también en los Estados Unidos no se dudaba de la rentabilidad de la educación superior. El secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, declaraba en la apertura de la Conferencia Mundial de Educación, reunida en Washington en 1961: “La educación constituye uno de los elementos más poderosos para el crecimiento económico. . . carecemos de técnicos altamente calificados, de expertos y de especialistas en todas las ramas.” Esta última era la gran preocupación de la mayoría de los países occidentales, lo cual contrasta fuertemente con la actual situación.

En Francia los expertos temían una crisis de la mano de obra altamente calificada y se preveía un aumento del 50 % en el número de médicos, de ingenieros y de científicos entre 1959 y 1965. En Estados Unidos, según la Oficina de Estadísticas del Trabajo, el número de científicos y de ingenieros debería aumentarse en un 90 % para 1970, en comparación con las cifras de 1959.

El aumento en los gastos ha forzado a los gobiernos a tomar parte activa en el control de los presupuestos. Desde fines de la década de los sesenta trataron de definirse criterios objetivos para repartir los créditos, los cuales varían según el número de estudiantes, la rama y el nivel de los estudios, así como el tipo de construcciones necesarias. Además se ejercieron muchas presiones para que las universidades procuraran administrarse mejor. Esta razón fue la que llevó a varios países a organizar fuentes de información interuniversitarias para confrontar criterios acerca del reparto de los créditos.

Aunque resulte una paradoja, este control administrativo no es compatible con un reforzamiento de la autonomía de las universidades. La administración pública, no teniendo los medios para continuar con su gestión tradicional y lograr una educación superior más vasta y diversificada, puede considerar que la autonomía será, apegándose a la opinión de los presidentes de las universidades, “la forma descentralizada de administración del servicio público”. Sin embargo, esta idea ha causado disgusto en algunos países anglosajones, en los cuales muchas universidades han denunciado las intervenciones del poder público.

La intervención de los Estados no se ha limitado al control de los gastos, sino que también han intentado desviar el desarrollo de la educación superior, orientando a una parte de los estudiantes hacia los centros de enseñanza corta; un ejemplo son los IUT (Institutos Universitarios de Tecnología), en Francia, los Politécnicos en Inglaterra, los GECEP en Quebec, los Colegios Regionales en Noruega, todos ellos respondían a objetivos de acuerdo el país, entre los que se cuentan facilitar el acceso a la educación superior a nuevas categorías sociales; abastecer la mano de obra calificada mediante la creación de nuevas especialidades sobre todo a nivel intermedio, entre la preparatoria y la formación profesional que exige 3 o 4 años más de estudios; mejorar la “productividad de la educación superior y reducir su costo.

Esta política ha tenido hasta ahora un éxito relativo. En Francia sólo un 10 % de 40 % de los estudiantes que se esperaba acudió a inscribirse en esta enseñanza superior corta, durante 1972. Estados Unidos es el único país que arroja un porcentaje más alto, ya que la proporción de estudiantes de primer ingreso para las carreras cortas pasó del 23 % al 35 %.

En otros países desarrollados se ha dado un énfasis a las carreras cortas sin dejar de fomentar los estudios de nivel profesional, pero se observa en general cierta insatisfacción. Conforme se trata de unir la educación superior con las posibilidades de empleo, se percibe que sus relaciones son más complejas de lo que se creía a principios de los sesentas. La educación superior no ha producido todavía el tipo de profesionales que se desearía. En Estados Unidos, Francia y Escandinavia, el número de estudiantes de letras y ciencias sociales ha aumentado considerablemente, y se ha reducido en las ciencias exactas y aplicadas, y por otra parte se ha incrementado la demanda de ciertas carreras como la de medicina, considerada como saturada y más costosa.

Actualmente la educación superior se encuentra ante dos tipos de necesidades variables: la de los estudiantes y la del mercado de trabajo. El equilibrio obviamente no depende sólo del sistema universitario, sino de factores sociales muy complejos, por lo cual resulta cada vez más difícil de obtener, aun en los países que cuentan con una economía planeada. Los desajustes se han agravado por el estancamiento económico por el cual gran cantidad de profesionales se han enfrentado al problema de que no encuentran empleo. Este problema se manifestó primero en Estados Unidos desde 1970, más tarde en Europa, a partir de 1971-1972. A fines de 1971 Inglaterra registraba un 7 % de titulados que buscaban, inútilmente, trabajo. Aunque la situación ha mejorado, las perspectivas para el presente año de 1976 resultan sombrías, ya que una estimación efectuada el año pasado previó un descenso en la cantidad de empleos, en comparación con 1974, del 50 % en la rama textil, del 30 % en la de la energía y del 30 % en el campo.

A las razones anteriormente expuestas, se aúna en ciertos países otra decepción, que es la de que la democratización de la educación superior y las funciones para las que ella prepara, no han correspondido a las esperanzas, aunque la proporción de estudiantes que provienen de categorías sociales desfavorecidas ha aumentado durante la década.

Algunos gobiernos de países occidentales no han actuado con la necesaria rapidez para lograr la democratización, y tenemos que Suecia tiene desde 1955 un acuerdo para ofrecer “colegiaturas-créditos” reembolsables en el término de 20 años, a casi todos los estudiantes. Inglaterra ha mantenido una cantidad considerable de

becarios. Estados Unidos ha multiplicado desde 1958 los programas de ayuda a los estudiantes. El gobierno de Holanda aumentó en más de un 25 % el número de becas en 1972-1973.

A principios de la década de los sesenta, la prioridad otorgada a la educación superior se puso en tela de duda en el momento en que otras demandas -la salud, la seguridad social, por ejemplo- se plantearon al Estado. De esta manera la idea de que una política de la educación superior es inseparable de una política social, comienza a ganar terreno. El financiamiento de la educación superior puede llegar a ser el medio para tal política.

Los cambios en las prioridades se han efectuado de acuerdo a la situación de cada país. Pero las causas de las variaciones han sido la preocupación por la igualdad, el deseo de responder a las demandas de la economía, la voluntad de economizar. Y los cambios se han realizado bajo presiones políticas diversas, a veces explícitas, a veces difusas o, incluso, contradictorias. En Estados Unidos los movimientos a favor de las minorías -un reclamo de las universidades al gobierno- desembocaron en la “affirmative action”, nombre con el cual se conoce la acción del gobierno que obliga a las universidades a aceptar esas minorías. En Suecia los sindicatos fueron los primeros en expresar preocupación porque las clases poderosas continuaban obteniendo el mayor provecho de la educación superior, señalando la urgencia de promover una educación repartida a lo largo de la vida. En Francia la prolongación de la educación postescolar, también apoyada por los estudiantes, responde a las necesidades tanto de campesinos como de obreros. El resultado es que las centrales de los sindicatos de obreros firmaron acuerdos sobre el desarrollo de la formación permanente, aclarando su deseo de que ésta esté a cargo, en gran parte, del Estado. La misma situación se da en Inglaterra.

Los diferentes cambios en la atención a la educación superior de parte de los gobiernos significan, según las palabras del señor Van Lennep, secretario general de la OCDE, “la reacción cada vez más fuerte para oponerse a continuar con el desarrollo de la educación superior bajo su forma actual”. Prácticamente hasta 1968 sólo los países anglosajones y los socialistas hacían una selección. Después Alemania instituyó un límite iniciando con medicina, farmacología y psicología, pero extendiéndose más tarde a la mayoría de las carreras y de las universidades. En Suecia la reforma educativa empieza a extenderse a todas las facultades dado que anteriormente sólo las de medicina, tecnología y agronomía estaban “cerradas”, al igual que otros países escandinavos. Finalmente, los Países Bajos implantaron un sorteo entre los bachilleres para limitar el ingreso.

Las limitaciones al ingreso a las universidades se están imponiendo cada vez más en mayor número de países. En Alemania, los candidatos rechazados en medicina acuden a estudiar biología; en Francia, farmacología. Varias universidades han llegado a suspender las inscripciones para el primer año; en Austria, 9 facultades han decidido aplicar medidas para evitar que los alumnos rechazados en Alemania, invadan sus universidades; esta última razón ha hecho que en Bélgica se establezca un examen especial para los aspirantes extranjeros. Actualmente sólo Italia y Francia mantienen el criterio del libre acceso a las universidades para los alumnos que han terminado su preparatoria.

Por otra parte, se observa que el número de inscripciones en las universidades tiende a disminuir; este es un fenómeno general en los países industrializados de occidente. A fines de los sesentas hubo un descenso en el número, el cual ha aumentado muy poco, desde 1970, en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Un hecho singular ocurrió en Suecia, donde el número ha disminuido a partir de 1968, año en que se inició la discusión acerca de la reforma de la educación superior. En Alemania, en cambio, sí se observa un aumento del número de inscripciones.

La disminución no se debe únicamente en el descenso de la población en edad universitaria. En Estados Unidos se observa que a pesar de que aumenta la población en edad universitaria, el número de estudiantes permanece casi invariable. Curiosamente el descenso del número de estudiantes de primer ingreso coincide con la salida de grandes promociones de nuevos profesionistas. Las dificultades de éstos para encontrar empleo y la necesidad de aceptar puestos inferiores a los que se esperaban, ha motivado el que un gran número de bachilleres decida no continuar estudios superiores. Pero no hay duda de que no todos los estudiantes eligen esto último.

La conclusión del artículo de Guy Herlizch que hemos reseñado, es que frente a la crisis financiera, las dudas de los políticos y los administradores, el desencanto de los realizadores, el porvenir de la educación

superior parece incierto. Los pronósticos demográficos permiten prever una etapa de restricción que llevará a la educación superior a su papel tradicional. Los que creyeron que una explosión en la cantidad de estudiantes podría “romper las estructuras”, tienen cada vez menor oportunidad de ser escuchados. Los unos y los otros se preguntan acerca del tiempo que puede durar esta situación: ¿cinco, diez o cien años?